



# MISSIÓ PERMANENT DEL PRINCIPAT D'ANDORRA A LES NACIONS UNIDES

*Sólo es auténtico el texto pronunciado*

73ª Sesión de la Asamblea General de las Naciones Unidas  
—discurso del Jefe de Gobierno, Excmo. Sr. Antoni Martí Petit—  
Nueva York, 28 de septiembre de 2018

Señora Presidenta,  
Señor Secretario General,  
Excelencias,  
Señoras y Señores,

El 2018 es para las andorranas y los andorranos un año de celebraciones que tienen una doble dimensión: global y local. El 28 de julio pasado se cumplían 25 años de la entrada del Principado de Andorra en la Organización de las Naciones Unidas, y el próximo 10 de diciembre celebramos 70 años de la Declaración Universal de los Derechos Humanos.

Los dos acontecimientos tienen, como he dicho, un significado doble: global y local. Eso a lo que algunos llaman *glocal*. En efecto, la Declaración Universal de los Derechos Humanos de 1948 tiene para Andorra —como para el resto de países que conforman la comunidad internacional— una dimensión global. Pero también tiene un gran arraigo local, porque los derechos fundamentales han sido respetados en Andorra desde tiempo inmemorial, y por eso no es extraño que la Constitución andorrana establezca de manera expresa que la Declaración Universal de los Derechos Humanos es vigente en Andorra.

Por esta razón nuestro país ha querido ser parte activa de la campaña «Stand Up for Human Rights», poniendo el énfasis en la difusión de la importancia de los derechos humanos en el ámbito educativo. La Alta Comisionada de las Naciones Unidas para los Derechos Humanos, la señora Michelle Bachelet —con quien he tenido el honor de coincidir en la comunidad iberoamericana a lo largo de los últimos años—, sabe que

puede contar con Andorra para que la Declaración del 10 de diciembre de 1948 tenga más vigencia y más fuerza que nunca.

Porque —como he dicho— la Declaración Universal de los Derechos Humanos ya formaba parte del derecho positivo andorrano incluso antes de la entrada de Andorra en las Naciones Unidas.

Ahora les pido que recordemos cómo era el mundo hace 25 años, cuando Andorra se adhirió a esta Organización como miembro de pleno derecho. El año 1993 era un tiempo de esperanza para todos: la caída del telón de acero y el fin de la guerra fría dieron paso a una oleada de democratización sin precedentes. Nunca en el mundo ha habido tanta gente viviendo en democracia como durante los últimos años del siglo XX y los primeros años del siglo XXI. Los derechos humanos se consolidaban, las economías crecían y las desigualdades se iban reduciendo paulatinamente. Eran años de paz, de cooperación y de multilateralismo; de respeto, comprensión y diálogo entre culturas y religiones; y en nuestro país, en el Viejo Continente, eran años de optimismo en el largo y fructífero proceso de construcción europea.

Hoy todos recordamos con una cierta nostalgia aquella época. Lo hemos podido ver este verano, durante los sentidos homenajes al Secretario General Kofi Annan, que tanto hizo por la paz y el multilateralismo durante los últimos años del siglo pasado y los primeros años de este milenio. Y lo acabamos de ver esta semana, durante la celebración de la Cumbre de la Paz dedicada a Nelson Mandela, que fue —sin duda— uno de los personajes clave de aquel momento histórico.

Vcinticinco años después, buena parte de las esperanzas de 1993 se han desdibujado, e incluso se ha retrocedido en algunos hitos conseguidos.

La prestigiosa organización no gubernamental Freedom House ha constatado —año tras año— un declive constante de la democracia en el mundo desde el 2006. En su último informe leíamos que en el 2017 solo 4 de cada 10 personas viven países libres.

Este lento declive de los regímenes democráticos ha ido acompañado de un aumento de la desigualdad, de la intolerancia y del extremismo. Incluso en las democracias consolidadas oímos cada día con más fuerza las voces de aquellas personas que durante muchos años

han sufrido en silencio la discriminación: las mujeres, las personas con discapacidad, las víctimas de acoso sexual o de cualquier tipo... Todo ello nos demuestra que nuestro optimismo de hace 25 años era algo ingenuo.

Pero, a pesar de todas las decepciones y a pesar de todos los defectos, no podemos hacer otra cosa que continuar defendiendo el orden internacional, que nació de la mano de las Naciones Unidas nada más finalizar la Segunda Guerra Mundial.

Porque es un orden que se basa en tres principios tan elementales como universales: todos tenemos los mismos derechos; aquello que nos afecta a todos debe decidirse entre todos, y cualquier conflicto debe resolverse de forma pacífica y ajustada a derecho. Y este «todos» se refiere a todas las personas, individualmente, dentro de una democracia representativa, y también a todos los países, en pie de igualdad, en esta Asamblea General.

La democracia representativa y el multilateralismo son el fruto de unos valores comunes, y, por lo tanto, no es extraño que entren en crisis al mismo tiempo.

En mi opinión, el orden democrático y multilateral se ve amenazado por dos extremos: el populismo y la tecnocracia. Ante problemas complejos, el populismo nos propone soluciones que son simples, pero que no son soluciones, porque acaban creando nuevos problemas y poniendo en cuestión los principios y valores democráticos. Y la tecnocracia, ante problemas complejos, nos propone soluciones tan complejas que son elitistas. Soluciones que no son inclusivas, que generan desigualdad y que dejan a mucha gente al margen.

El populismo se alimenta de la decepción de estas personas que han quedado al margen y que han sufrido la exclusión, la incompreensión y la desigualdad.

En los últimos años hemos dicho y repetido que el mundo se debate entre apertura y cierre, entre multilateralismo y unilateralismo, entre cooperación y proteccionismo... Pero quizás el error está en querer presentar las cosas de este modo. Demasiado a menudo los defensores del orden multilateral y de la globalización hemos pensado que nosotros no hemos cometido ningún error y que son los demás quienes están equivocados. Sin ver que la globalización ha generado anticuerpos y que no todos los anticuerpos son malos, porque quizás no toda forma de globalización es buena.

Ante esta dialéctica entre apertura y cierre, no hay que ir a la confrontación, sino en busca de equilibrios. Hace falta un equilibrio entre el cosmopolitismo y el arraigo, porque hay cosas buenas en los dos campos.

Demasiado a menudo hemos remarcado el riesgo del proteccionismo, del populismo y del cierre, sin darnos cuenta de que también existe otro riesgo: el de la globalización elitista, inhumana y poco o nada inclusiva.

Muy a menudo las soluciones que hemos encontrado a las grandes cuestiones internacionales —ya sean geopolíticas, económicas o sociales— son soluciones que no tienen en cuenta a las personas y que van en contra de uno de los lemas de las Naciones Unidas: el imperativo de «no dejar a nadie atrás».

Por eso saludo muy positivamente la temática escogida por la Presidenta de esta Asamblea General, la señora María Fernanda Espinosa —con quien compartimos también la comunidad iberoamericana—: «Hacer las Naciones Unidas relevantes para todo el mundo», y eso significa construir «sociedades pacíficas, equitativas y sostenibles».

Señoras y Señores,

La acción de las Naciones Unidas —y, por extensión, de toda la comunidad internacional— debe ser inclusiva y centrarse en los problemas reales de las personas. Porque si no lo hiciéramos así, estaríamos perseverando en nuestros errores: reforzaríamos la imagen de unas instituciones internacionales difíciles de entender y alejadas de la gente, y estaríamos abriendo —todavía más— la puerta al populismo.

Por este motivo Andorra ha querido participar de manera especialmente activa en la promoción y la consecución de los Objetivos de Desarrollo Sostenible de la Agenda 2030. Unos objetivos que están centrados en necesidades concretas y palpables de la población mundial; que son grandes objetivos globales que tienen aplicaciones e impactos locales; y que —si se cumplen— reforzarán los vínculos tan necesarios entre las personas y las instituciones.

Andorra presentó el primer Informe Nacional Voluntario sobre los Objetivos de Desarrollo Sostenible en el Foro Político de Alto Nivel del ECOSOC celebrado el julio pasado. Tal y como se explica en el informe, nuestro Gobierno trabaja desde hace tiempo

enmarcando las diferentes acciones políticas en los 17 Objetivos de Desarrollo Sostenible de la Agenda 2030. Además, se ha puesto en marcha una campaña para involucrar a la comunidad educativa, la sociedad civil y las empresas privadas en la promoción y la consecución de los diferentes objetivos. Y esta es una forma de abrir y acercar las Naciones Unidas y su agenda a las personas.

A nuestro entender, en la consecución de los Objetivos de Desarrollo Sostenible tienen un papel muy importante la innovación y las nuevas tecnologías. Es por eso que necesitamos una alianza transversal entre el sector público y el sector privado para poner los avances tecnológicos al servicio de la Agenda 2030.

Hemos evaluado nuestro grado de cumplimiento de seis Objetivos de Desarrollo Sostenible vinculados con el medio ambiente: el agua y el saneamiento, la energía limpia y asequible, las ciudades sostenibles, el consumo y la producción responsables, la protección de la vida terrestre y la lucha contra el cambio climático. Varias acciones implementadas por el Gobierno en los últimos años van en la línea de cumplir con estos objetivos: la mejora permanente de la calidad del agua y del aire; todo un plan de transición energética que debe permitirnos reducir nuestra dependencia del exterior y promover las energías renovables; las ayudas directas a la renovación de edificios con criterios de eficiencia energética... Todas estas acciones van encaminadas a cumplir con la Agenda 2030.

Además, Andorra ha querido poner el énfasis en dos objetivos más: el relativo a las medidas de lucha contra el cambio climático y el referente a una educación de calidad. La lucha contra el cambio climático y la educación de calidad son dos elementos con los que la sociedad andorrana se identifica de manera transversal.

Por eso reivindicamos la vigencia del acuerdo contra el cambio climático que una gran mayoría de países firmamos aquí, en Nueva York, en abril del 2016; e insistimos en que la comunidad internacional debe cumplir con los consensos y compromisos alcanzados en París en diciembre del 2015. Lo reiteramos —también en París— en diciembre del año pasado, durante la celebración de la Cumbre Un Planeta (One Planet Summit), impulsada por el Secretario General y por el Presidente de la República Francesa y copríncipe de Andorra, Emmanuel Macron.

Andorra sí que está trabajando para cumplir con los compromisos del Acuerdo de París y exhorta al resto de la comunidad internacional a hacer lo mismo.

En cuanto a la educación de calidad, Andorra se siente orgullosa de tener un sistema educativo rico, diverso, integrador y al alcance de todos los ciudadanos. Un sistema en el que las familias pueden optar por la educación andorrana, española o francesa y que prepara a nuestros jóvenes para ser ciudadanos de un mundo global muy arraigados a su país y su identidad.

Quizás es por eso que buena parte de los esfuerzos de cooperación internacional de Andorra se centran en el ámbito de la educación. Varias organizaciones no gubernamentales andorranas —con el apoyo financiero del Gobierno— están llevando a cabo proyectos para fomentar la formación y las oportunidades de los niños de la calle en Bolivia, para la educación de las chicas jóvenes en Honduras o para la escolarización de los menores pobres en Madagascar.

Excelencias,

Al escoger la temática de esta Asamblea General, la Señora Presidenta nos habla de liderazgo y de responsabilidades compartidas: «Liderazgo global y responsabilidades compartidas para construir sociedades pacíficas, equitativas y sostenibles».

Esta me parece una cuestión clave: si permitiéramos que la acción de las Naciones Unidas y —por extensión— de la comunidad internacional en su conjunto se apartaran de las necesidades reales de la gente, estaríamos perdiendo liderazgo.

Ante el auge de los populismos y los extremismos, los líderes políticos a menudo se sienten incomprendidos. Pero los líderes incomprendidos no existen; porque un líder incomprendido no es un líder. Un líder que no conecta con su gente no es un líder.

Las Naciones Unidas no pueden permitirse el lujo de desconectar de los problemas, las necesidades, las expectativas y las esperanzas de las ciudadanas y los ciudadanos de este mundo globalizado. Por eso, Andorra apoya los planes de reforma de la arquitectura de las Naciones Unidas que están llevando a cabo el Secretario General Guterres y su equipo. Una gestión más eficaz de los recursos es muy necesaria, especialmente una gestión enfocada en las personas.

Señora Presidenta,  
Señor Secretario General,  
Amigas y amigos de la comunidad internacional,

Permítanme, en esta parte final de mi discurso, una breve referencia personal: hace siete años y medio que asumí la responsabilidad de encabezar el Gobierno del Principado de Andorra. Una responsabilidad que las urnas me volvieron a dar en marzo del 2015. Esta es, por lo tanto, la última vez que participo en una asamblea general de las Naciones Unidas.

En Andorra, las mujeres y los hombres de mi generación empezamos a hacer política coincidiendo con la aprobación de la Constitución de 1993 y con el pleno reconocimiento de nuestro país como miembro de pleno derecho de la comunidad internacional. Yo mismo fui elegido miembro del Parlamento el mismo año que Andorra entró a formar parte de las Naciones Unidas.

Yo soy hijo, pues, de aquel tiempo de optimismo que evocaba al principio: de aquellos años en los que la democracia se expandía, las economías crecían y las instituciones multilaterales se fortalecían. Y, en cambio, a mí y a las personas de mi generación nos tocó asumir las plenas responsabilidades de gobierno en época de crisis —de crisis económica, de crisis social y de crisis de valores— en un momento en el que aquello que creíamos que era sólido y resistente se mostraba frágil e inestable.

Con el tiempo nos hemos acostumbrado a vivir con esta conciencia de fragilidad y de inestabilidad. Al fin y al cabo, quizás tampoco sea tan malo. Nuestros antepasados, los viejos andorranos, eran muy conscientes de la fragilidad de los equilibrios sobre los que reposan nuestras antiquísimas instituciones.

Si lo comparo con el espíritu de optimismo de hace 25 años, el símbolo de nuestro tiempo —del momento actual— ha sido precisamente esta conciencia de fragilidad: de la economía, de las instituciones, del orden geopolítico mundial, del medio ambiente, del planeta en su conjunto. Todo nos parece mucho más frágil, mucho más en peligro.

De esta conciencia de fragilidad hemos sacado la fuerza para emprender acciones que hace años que estaban en el cajón para hacer reformas que llevaban décadas pendientes: para tener una economía más abierta, más transparente y cooperativa; para construir una sociedad más inclusiva e integradora; para encontrar modelos de crecimiento que sean

sostenibles, y para preservar las instituciones y los valores que nos había legado la historia, adaptándolos para hacerlos útiles para las personas de hoy.

Hemos hecho de la necesidad, virtud; de la debilidad, fortaleza. Para que las generaciones más jóvenes puedan coger las riendas de su tiempo con el mismo optimismo con el que nosotros lo hicimos 25 años atrás.

Debemos trabajar hasta el último momento para que nuestras desilusiones se conviertan en su esperanza; para que de nuestros errores nazca su habilidad para evitar volverlos a cometer, y para que nuestros aciertos sean el fundamento sobre el que ellos puedan continuar construyendo unas sociedades pacíficas, equitativas y sostenibles.

Y que todos nosotros —las generaciones más mayores y las más jóvenes— tengamos siempre presente que todo lo que pasa en la esfera global tiene réplicas en la esfera local, y que todas las acciones que realizamos en la esfera local contribuyen a dar forma a la sociedad global.

Una sociedad global en la que todas las personas se sientan escuchadas e incluidas.

Una sociedad global con la que Andorra —desde su pequeñez, pero también desde la serenidad que dan siglos de existencia pacífica— está plenamente comprometida. Lo sabe el Secretario General, lo sabe la Presidenta de esta 73ª Asamblea General y lo saben todas nuestras amigas y amigos de la comunidad internacional.

Los responsables políticos pasamos, los países y las instituciones se quedan; y en el futuro —estoy seguro— se podrá seguir contando con el Principado de Andorra para construir un mundo más justo y más seguro.

Muchas gracias.